



CRÓNICA DE LA INVASIÓN

HIROSHI ISHIKAWA

UN CONMOVEDOR RELATO SOBRE LAS CONSECUENCIAS DE UNA TERRIBLE INVASIÓN

Sō Uehara acude cada semana al hospital junto a la orilla del mar en el que estuvo ingresado. Allí siguen aún convalecientes algunos de sus compañeros que sufrieron lo peor de los acontecimientos que cambiaron el mundo. Juntos rememoran cómo llegó la enfermedad primero y la invasión después, cuando esa vida rutinaria en la que no encontraban su lugar desapareció para dar un vuelco que les obligó a encarar sus mayores pesadillas y a utilizar su poder para luchar contra una amenaza inimaginable.

NOVELA

Rústica con solapas,
14,8 x 21 cm., 268 págs. B/N + 4 col.
VVP: 21,95 €

978-84-679-5788-4



9 788467 957884

El mar, antes confinado dentro del marco de la ventana del vagón, abarcaba ahora hasta donde le alcanzaba la vista. De pie en el andén de la estación, Sō Uehara contemplaba cómo brillaba bajo el sol estival. Paralela a la vía de ferrocarril única, se extendía la carretera y, cruzándola, estaba el océano. No había nada que obstaculizara su visión; ni siquiera había nubes en el cielo. El mar era inmenso, al contrario que aquel pueblo.

Una mujer de mediana edad que había bajado del mismo tren pasó a su lado. Llevaba en la mano un pequeño ramo de flores. Al jetando una bolsa de papel de una pastelería se debió de sentir ida con él, así que le hizo un leve gesto de saludo que él optó por no hacer. Le dolían los ojos después de estar contemplando el azul del mar un tiempo. Se quitó las gafas y se echó colirio. Se enjugó con la mano los restos de líquido que se habían escurrido y el viento mu seco en un instante.

Los tornos de la estación estaban desiertos, salió y echó a andar. Los vehículos pasaban con arrogancia a su lado casi rozándolo. No se veía ningún peatón. Era el único que se achicharraba bajo el sol. Puede que para esos conductores esta fuera simplemente una parada de paso pero, para él, el centro de su vida y su lugar de destino. Que fuera un lugar solitario pero le resultaba mucho más cómodo que el bullicioso ambiente festivo que rodeaba al barrio en el que vivía.

El hospital estaba protegido por una franja arbolada que avanzaba de la arena. El edificio llevaba tiempo algo deteriorado por los exteriores, que otrora fueran blancos, amarilleando por la brisa marina y con grietas fruto del castigo del sol. El guardia le miró y sonrió. Él le devolvió el saludo con la mirada. La fachada, el vestíbulo estaba bastante nuevo en comparación con el mostrador de recepción relucía y olía como a recién pintado. El otro lado del mostrador, una administrativa le saludó con una sonrisa.

—¿Sí, llamo a Haruka por megafonía?

—No te preocupes. Esperaré aquí, seguro que viene al momento. Se sentó en un sofá grande con forma cuadrada que parecía de gelatina. Al otro lado del vestíbulo estaba sentada la enfermera que había cruzado hacia un rato en la estación. Tenía las ma-

LA ENFERMEDAD

rodillas y sujetaba el ramo de flores a modo de ofrenda. Cuando sus miradas estuvieron a punto de cruzarse, él apartó la vista.

Se le veía la piel más oscura por haber estado caminando bajo el sol. Era como si se hubiera puesto moreno en poco tiempo. Se pasó la mano por el brazo, en el que se empezaba a secar el sudor. Una humedad fría le impregnaba la camiseta y los pantalones vaqueros.

Las baldosas había pintada una línea blanca que indicaba el camino al pasillo del hospital y la zona de consultas. Se quedó mirando al suelo y le dio por pensar que se encontraba en una zona de espera y tenía que moverse. Una sandalia blanca llegó rodando hasta él, estaba del revés, mostrando la suela, pero un pie también blanco con los dedos y le dio la vuelta. Alzó la cabeza. Cuando Haruka se sentó enfrente de él, se escuchó el sonido del aire saliendo de la bata de hospital de color azul claro que parecía un uniforme. El lazo era el único adorno en una vestimenta carente de estilo. En lugar de una pulsera, llevaba una banda en la muñeca con un código de barras impresos. Al colocarse el cabello negro largo, la amplia abertura de la manga dejó entrever la sombra de las manos.

—dijo él, sonriendo levemente.

—¿Sí, Haruka cruzó las piernas. La sandalia que sujetaba con la mano se balanceaba.

—¿Es eso?

—¿Almendrados le brillaban por debajo de un flequillo recto y corto, cada fija en la bolsa de papel que él llevaba sobre las rodillas, los fofiteroles.

—¿Sí bien!

—¿Troles con sabor «dimsum».

—¿Es una trola?

—¿A reír al ver su mirada.

—¿Razón. Parece una trola.

—¿Los has comprado? La de la caja habrá flipado también.

—¿Comprarlos todas las semanas, pero es que solo quedaban estos.

—¿Guasa, ¿no? Vaya tela con el gremio pastelero.

